

FERNÁNDEZ SEGURA, Pura. *Zona próxima*. Granada: Dauro, 2014. 92 págs.



Leyendo el libro de Purificación Fernández me he confirmado en su autenticidad como poeta. No pocos rasgos estéticos y vitales presentan su poesía, pero, si hubiese de escoger entre los mismos, escogería el ansia de infinitud como impulsora y vertebradora de este libro. En todos los poemas se expresa este profundo sentimiento. ¿Pero qué provoca esa ansia de infinitud? Sin lugar a dudas la soledad, una soledad que no es estrictamente material, sino más bien metafísica. Esta angustia metafísica ha de ver mucho con el tiempo, con su finitud y transitoriedad, y ha de ver, también, con el anhelo de vehemente transcendencia.

Ello es patente y clarificador en poemas como:

“BÚSQUEDA

Intensa, la luz áurea
ciega mis ojos.
No sé.
El tiempo se termina.
Extraviada, voy dando tumbos,
buscando al profeta que dijo,
que por amor estábamos salvados.”

O en estos versos concluyentes y definitivos del poema ÁNIMA:

“¡Alondra, ven esta noche y anida
adentro en mi regazo!
¡Exhala tu calor o déjame morir!”

Como también se halla presente en este otro poema que considero absoluto y perfecto:

“REVERSO

¡Qué fuego prendiste en mí,
que no se apaga!
que por dentro voltea y arde,
cuando toco tu cuerpo
de besos y caricias sugerido.

¡Qué ala solar enerva mis entrañas!
Si demoro la mirada en tus ojos,
acude plena y unánime la dicha.”

Poema donde el ansia se dirige a la búsqueda de algo inasible. Y le hace indagar en permanente exploración en las honduras del ser.

Es la poesía de Purificación, a mi modo de entender, hija de la de sor Juana Inés de la Cruz. Esto es, existe una vertiente mística en su poesía, insólita en la poesía actual, como algo que queda resonando y no podemos asir, que no es otra cosa sino la belleza, la cual, como decía San Juan de la Cruz es ese algo que cerrando el puño se escapa, algo aéreo, inasible y sutil, mediante lo cual la palabra consigue un efecto verdaderamente extraordinario, que no es otro sino la unidad de sentido y sonido. Este prodigioso recurso está presente en determinados poemas y versos de Pura Fernández y es por esa razón que el presente poemario nos interpela y nos invita.

Pero otros muchos asombros nos aguardan. Así la presencia de la Naturaleza contrapuesta al olvido y en plena conjugación con la vida y con la muerte. Cómo no señalar así la manifestación telúrica de los lugares de infancia y adolescencia, ese espacio mágico de Luchena, ese cortijo en cuyas noches profundas parece que la luna sueña: el misterio de los cerros y las cárcavas, el misterio de las cuevas horadadas en los riscos, el misterio de las alamedas que parece que reposan junto al río Fardes y en cuyo trasluz de las ramas de los chopos las tonalidades cárdenas del ocaso se enredan, provocando una suerte de temblor ancestral. Es, en ese espacio de belleza estremecedora, entre el desierto y el valle, la exaltación del ocre y la languidez del verde, donde Pura Fernández ha encontrado sin lugar a dudas la raíz de su ser poético. Espacios vitales y paisajes inspiradores donde Pura Fernández nos contagia de vigorosa melancolía...

Hay, por último, en este poemario un ritmo caudal, una expansión permanente que incide en la emoción de lo elegíaco y se hace especialmente visible en poemas plenos de lirismo como:

“YA NADIE ME LLAMARÁ MI REINA.

Ya nadie me llamará mi reina.
Soberana de tan exiguo feudo.
Voz que era un silbo
de entusiasmo y ternura,
amor leal desprendido a borbotones .

De mi clausura inerme regresaba,
y era cúspide y gozo,
cabriola de esmeriladas luces.
Resplandecía así, porque era tu reina,
como una flor ampulosa de mayo.
Y no hubo anhelo ni afán,
que no fueran dones.”

Emoción, fulgor de la palabra, intimismo y secreto. Por aquí va, se adentra y se dilata la poesía de Purificación Fernández Segura, a quien auguro larga y fecunda vida como excelente poeta.

Antonio ENRIQUE
Academia de Buenas Letras de Granada